

CAPÍTULO VI

LUTERO EN ITALIA

Paseábase Lutero un día por los claustros del convento agustino de Wittenberg, descansando de sus largas tareas profesionales y de sus continuas conferencias sobre la Biblia; y se le acerca su protector, su amigo, su hermano en sentimientos y en ideas, el célebre vicario Staupitz, para decirle que, exigiéndolo así algunos asuntos de su orden religiosa, invitábale á pasar á Roma, para arreglarlos de conformidad con las primeras autoridades de la Iglesia. En la exaltación de Lutero, en su estado mental, en sus éxtasis y arrobamientos, en su vida consagrada toda ella y en todos sus momentos al espiritualismo y al espíritu, ver aquella Roma, cabeza del mundo, foco luminosísimo de la humana conciencia, altar de Dios, Basílica de los santos, catacumba de los mártires, residencia de los Pontífices, equivalía en verdad á ver y tocar materialmente el cielo católico y las jerarquías angélicas, todo aquello en que creía su fe y con que soñaba en sus visiones beatíficas, avivadas por largas y severas penitencias. No se hizo rogar mucho tiempo el exaltado monje. Un deber de obediencia le obligaba en verdad al viaje; y con ese deber de obediencia movíale un deseo de su corazón anheloso de profundas emociones místicas y de amplias enseñanzas religiosas. Así cogió su bordon de peregrino, sus sandalias de apóstol, su traje de penitente, algunas pocas monedas que le dieron para visitar las obras de arte y las antigüedades clásicas, un compañero de viaje que le auxiliara en su camino; y á pié, leyendo y comentando sus breviarios, alojado en los conventos, sostenido por su deseo

de ver la Ciudad Eterna, entregado á sus visiones, atravesó Alemania, franqueó los Alpes, hasta descender por los campos y por los pueblos de la bella é inmortal Italia. Jamás se demostró con demostración mas evidente cómo influyen las complexiones de la raza y las ideas aprendidas en la educación sobre los pensamientos metafísicos y teológicos de los grandes hombres.

Indudablemente la humanidad es una. Pero si la humanidad es una en su esencia, obedece en sus determinaciones á la ley de una rica variedad. Por virtud de esta ley, tiene individuos, familias, pueblos, naciones, razas. Nadie puede negar con solo tender los ojos por el mundo, viendo aquí el indio de las selvas cercanas á la creación; allí la raza amarilla; mas léjos el negro con su piel de ébano; junto al nubio que brilla como el mármol de las esfinges y de las estatuas, en su negror de azabache, el árabe de rostro escultórico, de apostura elegante, de tez morena, de mirar profundísimo; y en nuestra misma Europa el tártaro, el mogol, el eslavo, el germano, el heleno, el latino, el sajón, el normando; nadie puede negar, decía, que la humanidad se divide en muchas y varias razas constituidas por largas y afines familias de pueblos. Y como no se puede negar esto, la existencia de esa gran variedad; no se puede negar tampoco que cada raza llegue á concebir las ideas fundamentales de una manera contraria á la concepción que de las mismas ideas tiene la raza vecina, en cumplimiento de leyes naturales á toda la sociedad y comprobadas por toda la historia.

Cuando se ve la oposición de Israel á todos los pueblos circunvecinos; la rivalidad eterna entre las colonias griegas y las colonias fenicias en las orillas del Mediterráneo; la rabia de Alejandro contra Tiro; el combate á muerte entre Roma y Cartago; la lucha que dura setecientos años de los pueblos de Arabia y de África con los pueblos de Europa; nótese, en seguida, que dentro de todos estos sucesos, late una oposición histórica, la oposición entre la raza indo-europea y la raza semítica, oposición que llena todos los tiempos y que se reproduce en casi todos los espacios del planeta. Pues así como combaten los pueblos de esta raza en el tiempo y en el espacio, combaten las ideas de esta raza en el espíritu y en la conciencia. Los semitas, eternamente sacerdotes, conciben la idea de la unidad de Dios en la uniformidad de sus desiertos; los indo-europeos, eternos navegantes, conciben la pluralidad de

dioses tan múltiples como las hojas de sus selvas y tan movibles y cambiantes como las ondas de sus rios y de sus mares; los semitas dan á la vida con Moisés, con Cristo, con Mahoma las tres grandes teologías de que aun se alimenta la conciencia del humano linaje y los indo-europeos dan con Sócrates, con Platon, con Aristóteles á su vez todas las grandes concepciones filosóficas que brillan con luz inextinguible en los cielos del alma humana; los semitas enseñan por siglos de siglos en su Biblia las instituciones religiosas, y en su Decálogo las leyes de la moral, mientras los indo-europeos enseñan, así en los códigos políticos de Grecia como en el derecho civil de Roma, las bases de toda institucion social, las fórmulas de toda jurisprudencia, las relaciones de los hombres entre sí, lo que constituye verdaderamente el carácter político de los pueblos; aparecen los semitas como los padres de los profetas, de aquellos grandes reveladores que comunican el cielo con la tierra y aparecen los indo-europeos como los padres de los tribunos, de estos grandes voceros que relacionan las familias con las familias, los pueblos con los pueblos; son los semitas la raza conservadora de la historia, como lo prueba la tenacidad del judío en conservar su culto y la tenacidad del árabe en observar su Koran, mientras son los indo-europeos la raza progresiva como lo prueban los dioses que han ido dejando en su camino, las religiones que han ido consumiendo en su vida, la incesante metamorfosis de sus ideas: el semita brilla como poeta lírico y como gran músico en la individual subjetividad de su alma soñadora y mística, mientras brilla el indo-europeo como artista plástico, escultor, pintor, arquitecto, poeta dramático, sin excluir ni la poesía lírica ni la música, pero mas enamorados que los semitas de la línea, del color, del relieve, de las proporciones, de las armonías plásticas: consonancias y disonancias componentes del ritmo de la humana vida en este bajo planeta, condenado á la oposicion y á la guerra.

Pues bien, si dentro de la historia antigua y dentro de la raza caucásica, estalla esa oposicion eterna entre la raza semítica y la raza indo-europea, dentro de la historia moderna y de la raza indo-europea, estalla otra oposicion entre la raza latina y la raza germánica. Latinos y germanos somos del mismo origen, tenemos la misma cuna, contamos la misma genealogía y nos confundimos en el mismo tronco indo-europeo. Pero ya en el escenario de

nuestro continente, ya en las incidencias de nuestra sociedad, ya en los anales de nuestra historia, componemos una oposicion tan radical y tan grande como la que componian los semitas y los indo-europeos en la antigua sociedad y en la antigua historia. No hay sino abrir los anales mas apartados de nuestra Europa y ver en ellos cómo estalla desde un principio la guerra á muerte entre la raza latina y la raza germánica, guerra tan porfiada, tan larga, tan cruel, como la guerra entre la raza semítica y la raza indo-europea. Todos los grandes guerreros romanos se han ilustrado, lo mismo Mario que César, lo mismo César que Trajano, en guerras con las tribus germánicas armadas siempre contra Roma y anhelosas de desquite y de venganza. La dominacion romana allende el Rhin y el Danubio jamás mereció el nombre de Imperio sino el nombre de guerra por la resistencia tenacísima que á la autoridad política del mundo latino oponia la complexion rebelde del mundo germánico. La grande irrupcion del siglo quinto, aquel incendio que abrasó los cielos, aquel terremoto que subvirtió la tierra, aquel diluvio de lágrimas y de sangre, aquel trágico suceso que cierra la historia antigua y abre la moderna, es la condensacion de todas las iras, la suma de todas las venganzas, la herencia de todos los juramentos de odio, el desquite de todas las derrotas de exterminio, que el esclavo cazado en su selva, que el gladiador conducido al circo, que la tribu largamente opresa, toman de Roma y los romanos, sus enemigos eternos. Lo mismo los soldados de Alarico que los soldados de Atila, lo mismo los soldados de Genserico que los soldados de Aulfo, todos, francos, suevos, vándalos, godos orientales y godos occidentales, sienten una voz que los empuja á Roma y los decide á echar los grandes monumentos de la Ciudad Eterna por tierra como la guadaña del segador echa por tierra las espigas. Y la oposicion continúa, porque la rivalidad entre el Pontificado y el Imperio que tantos dolores nos cuesta; el titánico combate entre los españoles y los alemanes, en el siglo décimosexto; la lucha sangrienta entre la prepotencia marítima de España y la prepotencia marítima de Inglaterra; y en nuestros mismos dias Waterlloo, Sedan, no representan otra cosa sino la competencia eterna entre la raza latina y la raza germánica, idéntica en el fondo á la competencia eterna entre la raza semítica y la raza indo-europea en los anales de la antigua historia.

Y así como hay un combate material en el espacio, hay una oposición espiritual en el entendimiento. Los latinos tienden á la unidad y los germanos á la variedad; los latinos forjan las grandes instituciones sociales y los germanos las grandes instituciones individuales; adoran los latinos la autoridad y los germanos la libertad; gustan los latinos de la disciplina y los germanos de la independencia; fundan los latinos la Iglesia que concentra y fundan los germanos el feudalismo que divide; quieren los latinos una religion histórica en que predomine el Pontificado sobre la conciencia y quieren los germanos una religion sujeta á las interpretaciones personales en que predomine la conciencia sobre el sacerdocio; gustan los latinos de un culto fastuoso, artístico, pagano, con iglesias llenas de estatuas y de cuadros, con ceremonias ostentosas, y gustan los germanos de un culto severo, austerísimo, sin efigies y sin nubes de incienso, en que se lee la Biblia y se entonan los salmos por sublimes coros; profesa el latino un dogmatismo en consonancia con su alma y con su sociedad, mientras profesa el germano un libre exámen tan amplio que le lleva á ese gran desorden intelectual del que han salido los mas luminosos sistemas y las mas descabelladas utopias; deja el latino su derecho civil, su imperio romano, su Pontificado absoluto y su catolicismo absorbente, mientras deja el germano sus irrupciones anárquicas, su derecho caótico y personal, su jurado independiente, su exámen libre, su conciencia emancipada, su protestantismo esencialmente germánico. ¿Quién se extrañará ya de las impresiones que en Roma debia sentir Lutero, impresiones generadoras de su vocacion religiosa y decisivas en su vida histórica?

Aquellos generales bárbaros vestidos de pieles, con la larga cabellera rubia sobre las anchísimas espaldas, armados de su hambrienta espada, puestos de pié sobre su carro de guerra ó á caballo en su apocalíptico troton, seguidos de tribus voraces que graznaban como los cuervos ó aullaban como los lobos al bajar los Alpes con el estruendo de un alud que de las nevadas cimas se desprende, no amenazaban á Roma en medio de su aparato militar con su fragor tanto como la amenazaban los dos sencillos y oscuros monjes que salian del convento agustino de Witemberg, que marchaban casi á pié descalzo, que interrumpian su ruta con oraciones místicas y con lecturas piadosas, que pernoctaban en los grandes monasterios y que iban á la Ciudad

Eterna con ánimo de adorar al Pontífice, de erigir algun voto y de traer alguna reliquia, monjes, sobre los cuales habia puesto la raza latina los estigmas de sus penitentes, los sayales de sus monjes, los dogmas de sus doctores, los cánones de su Iglesia, los sacramentos de su religion sin poder quitarles con todo esto la sangre de Arminio que circulaba por sus venas, la complexion de Genserico que latia en el fondo de sus corazones, la natural rebeldía germánica que iba necesariamente á despertarse en presencia de la antigua Roma, si otras veces mas grande por sus guerreros y por sus Césares, nunca tan hermosa por sus poetas y por sus artistas, como en los dias creadores del singular Renacimiento.

Corria el año 1510, año en que Julio II se aproximaba tristemente á su ocaso y Leon X á su alborada en Roma. Por una casual coincidencia, desde que los peregrinos dejaron su tierra natal, tuvieron un tiempo lluvioso y triste. ¡Imaginaos el desengaño de quien busca luz y encuentra sombra; y comprendereis bajo cuán nefastos auspicios comienza esta religiosa peregrinacion! La naturaleza humana, por educada que esté y por pulida y repulida en una educacion solícita, resulta siempre de suyo supersticiosa y cavilosísima. Todos tenemos algo del parásito de Roma, que se volvía á su casa, en cuanto encontraba un lisiado, y que desistía de sus visitas en cuanto, por distraccion adelantaba, al entrar, el pié no consagrado por su liturgia. Comenzada la peregrinacion de Lutero bajo siniestros presentimientos, debia toda ella obedecer por necesidad á este triste comienzo. Tenia el germano de la hermosura una idea muy germánica; gustaba por tanto de los cielos vaporosos, de los horizontes inciertos, de las llanuras verdes, de los rios azules, de los bosques oscuros que componen los ornamentos de su patria; y al bajar á Italia, se encuentra con un sol cuyo esplendor no puede sufrir la diminuta retina de un hombre del Norte; con un cielo, cuyas ardientes reverberaciones y metálicos reflejos le encienden la sangre en las venas; con unos arbolillos, que en comparacion de sus encinas seculares, parecen éticos arbustos; con unos ponientes y unos ocasos del dia, cuyos arreboles y esmaltes, cuyos orientales toques, cuyas nubes recamadas de ópalo y grana le deslumbran hasta cegarle en vez del tranquilo encanto que le procuraban las sombras dulces de un anochecer aleman. Al caminar por la tierra del Mediodía, surge y se impone